

cuando todo parecia salvado! « La expresion era impropia; pero se la arrancó el dolor, sea que previese que Victor debilitado no podria hacer una muy larga resistencia en el siguiente dia, sea que mirase como una gloria el no haber dejado en poder del enemigo, durante su retirada toda, mas que rezagados y no cuerpos armados y arreglados. Esta division fué en efecto la única que entregó las armas.

CAPITULO VIII.

Dió alientos este triunfo á Wittgenstein. Al mismo tiempo dos dias de irresolucion, los informes de un prisionero, y mas especialmente la reconquista de Borizof por Platof, habian desengañado á Tchitchakof. Los tres egércitos rusos, del norte, oriente y mediodia, se reconocieron reunidos desde entonces, comunicándose sus gefes entre sí. Wittgenstein y Tchitchakof estaban zelosos uno de otro, pero nos aborrecian á nosotros todavía mas : el odio, pero no la amistad, fué su vínculo. Ambos generales se hallaron prontos pues á atacar los puentes de Studzianka por una y otra orilla del rio.

Era el 28 de noviembre. Habia tenido

el ejército grande dos días y dos noches para escabullirse; y debía ser ya muy tarde para los Rusos. Pero reinaba entre los Franceses el desorden, y se había experimentado falta de materiales para la construcción de ambos puentes; por dos veces se había roto el de los carruages en la noche del 26 al 27, retardándose así su servicio siete horas, y aun se rompió por la tercera hácia las cuatro de la tarde. Por otra parte, dispersados los rezagados en los montes y aldeas de los contornos, no se habían aprovechado de la primera noche, y se presentaron todos para pasar los puentes después del amanecer del 27.

Lo cual se verificó mas especialmente cuando se hubo movido la guardia, por la cual se arrebaban aquellos infelices. Fué la partida de ella como una señal; acudieron de todos los puntos, y se hacinaron hácia la orilla. Vióse en un instante que una masa profunda, ancha y confusa de hombres, caballos y carros, sitiaba la angosta entrada de los puentes,

extendiéndose mas que estos. Impelidos los primeros por los que los seguian, y repelidos por los guardias y pontoneros, ó detenidos por el rio, eran atropellados, pisoteados, ó precipitados en los hielos que el Beresina acarrea. De aquella inmensa y horrenda barahunda, salia unas veces un bullicio sordo, otras un penetrante clamor, mezclado de lamentos y horribles imprecaciones.

Los esfuerzos de Napoleon y de sus primeros tenientes para salvar á aquellos hombres desatinados, restableciendo el orden entre ellos, fueron en balde por mucho tiempo. Habia llegado el desorden á tan alto grado, que cuando el emperador se hubo presentado á su turno hácia las dos, fué necesario hacer uso de la fuerza para abrirle un paso. Un cuerpo de granaderos de la guardia, y Latour-Maubourg renunciaron de lástima á hacerse paso por medio de aquellos desdichados.

El pueblo de Zaniwki, situado en medio de los montes y á una legua de Stud-

zianka, recibió el cuartel imperial. Eblé, que acababa de hacer entonces la enumeración de los bagages que tenían cubierta toda la orilla, previno al emperador que no bastarian seis dias para que tantos caruages pudiesen escurrirse : Ney, que se hallaba presente, exclamó : « ¡ Que era menester pues quemarlos todos inmediatamente! » Pero incitado Berthier del mal genio que tiene su morada en las cortes, se opuso á ello, y aseguró que se hallaban muy distantes de verse reducidos á aquella extremidad. El emperador se deleitó en creerlo, llevado del dictamen que le lisonjeaba mas, y por miramiento á tantos hombres, de cuyas desdichas se reconvenia á sí mismo, cuyos víveres y caudal, se encerraban en aquellos caruages.

Cesó el desorden en la noche del 27 al 28, por medio de un desorden contrario. Se abandonaron los puentes, y la aldea de Stadzianka atrajo á todos aquellos rezagados; en un instante quedó des-

trozada, desapareció y la convirtieron en una infinidad de vibaques. El frio y hambre fijaron allí á todos aquellos infelices; y no siendo posible arrancarlos del sitio, se malogró tambien toda aquella noche para su paso.

Los defendia Victor sin embargo con seis mil hombres contra Wittgenstein. Pero luego que los rezagados hubieron visto desde el primer albor del 28, que el mariscal se preparaba para una batalla, y oido tronar sobre sus cabezas la artillería de Wittgenstein, y sonar al mismo tiempo la de Tchitchakof en la otra orilla, se levantaron todos juntos entonces, bajaron, se precipitaron tumultuosamente, y volvieron á cercar los puentes.

Su terror era fundado; pues les habia llegado el último dia á muchos de aquellos desaventurados. Wittgenstein y Platof, con cuarenta mil Rusos del ejército del norte y oriente, atacaban las alturas de la orilla izquierda que defendia Victor, reducido á seis mil hombres. Tchitcha-

kof en la orilla derecha, con sus veinte y siete mil Rusos del egército del medio-dia, desembocaba al mismo tiempo por Stachowa contra Oudinot, Ney y Dombrowski. Contaban estos en sus filas apenas ocho mil combatientes, á los que sostenian el escuadron sagrado; igualmente que la antigua y nueva guardia, compuestas á la sazón de tres mil y ochocientas bayonetas, y nuevecientos sables.

Ambos egércitos rusos intentaban apoderarse á un mismo tiempo de las dos salidas de los puentes, y de cuanto no hubiera podido echarse mas allá de las lagunas de Zembín. Mas de sesenta mil hombres, grandemente vestidos, bien alimentados, y completamente armados, acometian á diez y ocho mil medio desnudos, mal armados, muertos de hambre, separados por un río, cercados de lagunas, embarazados ultimamente con mas de cincuenta mil rezagados, enfermos ó heridos, y con una enorme masa de bagages. Llegaban á tanto grado el frío y

miseria hacia dos dias, que la antigua guardia habia perdido un tercio de sus combatientes, y la nueva una mitad.

Cuyo hecho, y el reves acaecido á la division Partouneaux, explican la descomunal reduccion del cuerpo de Victor; y este mariscal sin embargo contuvo á Wittgenstein durante toda aquella accion del 28. Tocante á Tchitchakof, quedó derrotado. El mariscal Ney, y sus ocho mil combatientes franceses, italianos y polacos, bastaron contra veinte y siete mil Rusos.

El ataque del almirante fué lento y flojo. Su artillería barrió el camino, pero no se atrevió á seguir sus balas, y penetrar por el portillo que hacian en nuestras filas. Sin embargo, delante de su derecha la legión del Vístula cedió á los esfuerzos de una fuerte columna. Quedaron entonces heridos Oudinot, Dombrowski y Alberti; Claparede y Kosikowski no tardaron en experimentar igual suerte, y los ánimos concibieron inquietudes. Pero ha-

biendo acudido Ney, destacó por lo mas espeso de los montes, y hácia el flanco de aquella columna rusa, á Dumerc y su caballería, que la rompieron, le cogieron dos mil prisioneros, acuchillaron á los demas, y decidieron con aquel ataque vigoroso de la batalla, que continuaba indecisa.

Vencido Tchitchakof por Ney, fué rechazado hácia Stachowa. Los mas de los generales del segundo cuerpo fueron heridos; porque cuanto menores eran sus tropas, tanto mas obligados se veian á exponer su vida, y aun se vió que muchos oficiales tomaban los fusiles y puesto de sus soldados heridos.

Entre las pérdidas de aquel dia se notó la del jóven Noailles, edecan de Berthier. Una bala de fusil le dejó muerto en el sitio. Era uno de aquellos oficiales de mérito, pero muy fogosos, que se sacrifican, y á los que se cree haber premiado suficientemente con emplearlos.

Napoleon permaneció durante aquella

batalla en reserva al frente de su guardia en Brilowa, cubriendo la salida de los puentes, entre ambas refriegas, pero mas inmediato á la de Victor. Atacado este mariscal en una peligrosísima posicion, y por una fuerza cuadruplicada de la suya, perdía poco terreno. Su cuerpo de ejército cercenado con la rendicion de la division Partouneaux, tenia apoyada su derecha en el rio; sosteniéndola una batería del emperador, colocada en la otra orilla. Una quebrada protegía su frente; y su izquierda estaba en vilo, sin apoyo, y como perdida en la meseta alta de Studzianka.

No se verificó el primer ataque de Wittgenstein hasta las diez de la mañana del 28, en medio del camino de Borizof y á lo largo del Beresina, que se esforzaba á subir hasta el paso; pero le detuvo el ala derecha francesa, y le contuvo por mucho tiempo fuera de tiro de los puentes. Desplegándose entonces Wittgenstein, extendió el combate en todo el frente de

Victor, pero sin acierto ninguno, y una columna suya de ataque que intentaba atravesar la quebrada, fué asaltada y destrozada.

Echó de ver el Ruso ultimamente su superioridad hácia la mitad del dia; y se extendió pasando mas adelante de nuestra ala izquierda. Se hubiera perdido todo entonces sin un esfuerzo de Fournier y el zelo de Latour-Maubourg. Este general estaba pasando los puentes, cuando advirtió aquel peligro, retrocedió inmediatamente, y un ataque sangriento detuvo el paso á los enemigos.

Llegó la noche antes que los cuarenta mil Rusos hubieran podido pellizar á los seis mil hombres del duque de Bellune. Este mariscal permaneció dueño de las alturas de Studzianka, preservando todavía los puentes contra las bayonetas rusas, pero no pudiendo ya ocultarlos de la artillería de su ala izquierda.

CAPITULO IX.

La posicion del nono cuerpo fué tanto mas crítica en el curso de toda aquella batalla, quanto le servia de única retirada un frágil y angosto puente; y ademas de esto se hallaban embarazadas sus avenidas con los bagages y rezagados. A proporcion que habia ido acalorándose la refriega, habia dado el pavor de aquellos desdichados nuevo incremento á su desorden. Al principio el primer rumor de una batalla formal los llenó de espanto, despues la vista de los heridos que volvian de ella, y ultimamente las baterías de la izquierda rusa, cuyas balas llegaron á herir su confusa masa.

Todos ellos se habian arrojado ya unos sobre otros; y amontonada aquella in-

mensa turba en la orilla y mezclada con los caballos y carros, formaba un horrendo embarazo. Las primeras balas del cañon enemigo cayeron hácia la mitad del dia en medio de aquel caos, y fueron la señal de una general desesperacion.

Entonces se manifestaron sin rebozo los corazones, como acaece en todas las apuradas circunstancias; y se vieron infames y súblicas acciones. Segun sus geniales diferencias, resueltos y enfurecidos los unos, se abrieron con espada en mano un horrible paso, otros abrieron un camino mas cruel todavía á sus carruages; pues los hacian rodar desapiadadamente por medio de aquella muchedumbre de infelices, que cogian debajo; sacrificando en su detestable avaricia á sus compañeros de infortunio para salvar sus bagages. Poseidos algunos de un desagradable espanto, lloraban, suplicaban, y caian rendidos, por acabar de extenuar sus fuerzas el pavor. Se vieron varios, y entre los enfermos y heridos mas espe-

cialmente, que renunciando de la vida, se apartaban y sentaban resignados con los ojos clavados en aquella nieve que iba á servirles de sepultura.

No habiendo logrado pasar el puente muchos de los que se habian echado los primeros en aquella multitud de desesperados, quisieron escalarle por los lados, pero fueron arrojados al rio los mas de ellos. Se descubrieron allí varias mugeres en medio de los témpanos, con sus hijos en los brazos, levantándolos á proporcion que ellas se hundian, y aunque sumergidas ya, todavía los tenian por encima de sí sus envarados brazos.

Reventó y se rompió en medio de aquel horrible desorden el puente de la artillería. La columna que atravesaba ya aquel estrecho paso, quiso en balde retroceder; porque ignorante de aquel desastre el tropel de hombres que venia detrás, y no dando oidos á los gritos de los primeros, prosiguieron adelante, y los arrojaron en

aquel abismo, en que fueron precipitados ellos sucesivamente.

Todo se dirigió entonces hácia el otro puente, al cual concurrió de todás partes una multitud de arcones mayores, pesados carruages y piezas de artillería. Dirigidas estas por sus conductores, y llevadas velozmente sobre un declive rápido y desigual, por medio de aquel monton de hombres, molieron á los infelices que se hallaron sorprendidos entre ellas, y encontrándose despues unas con otras, y volcándose las mas, mataron en su caída á los que las rodeaban. Impelidas entonces hácia estos obstáculos hileras enteras de hombres desatinados, se embarazaban allí, se echaban al suelo, y eran atropelladas por algunas masas de otros infelices que se seguian sin interrupcion.

Así rodaban unos sobre otros aquellos tropeles de infelices; no se oian mas que gritos de dolor y rabia. Pisados y ahogados los hombres en aquella horrible

brega, forcejeaban bajo los pies de sus compañeros, en los que se cebaban con uñas y dientes, y los repelian estos sin piedad como á enemigos.

Entre ellos diversas mugeres y madres llamaron en balde con dolorida voz á sus maridos é hijos, de quienes las habia separado un instante para siempre, les alargaron los brazos, y rogaron que se hiciese lugar para que pudiesen acercarse á ellos, pero llevadas acá y allá por el tropel, y batidas de aquel inmenso gentío, cayeron rendidas sin que ni aun siquiera fuesen notadas. En aquel horrible estruendo de un furioso huracan de cañonazos, del silbido de la tormenta, balas de cañon, de las explosiones de las bombas, de vociferaciones, de gemidos y espantosos juramentos, no oia ya aquella desordonada multitud las quejas de las víctimas que ella se tragaba.

Los mas afortunados llegaron al puente, pero superando montones de heridos, mugeres, y niños tumbados y medio aho-

gados, que en sus esfuerzos pateaban todavía. Habiendo llegado en fin al estrecho paso, se tuvieron por salvados, pero un caballo caído en tierra, una tabla rota ó desencajada detenían á cada momento el paso de todos.

Habia también á la salida del puente, en la otra orilla, una laguna en que se habían atascado muchos caballos y carruages; lo que embarazaba todavía y retardaba la evacuación. Se suscitaba entonces una lucha infernal en la columna de desesperados, que se hacían en aquella tabla única de salud, y los más fuertes arrojaron en el río á los más débiles ó más mal colocados. Los vencedores, sin volver la cabeza, é impelidos del instinto de la conservación, apretaban el paso con furor, indiferentes á las imprecaciones de rabia y desesperación de sus compañeros ó gefes, á quienes habían sacrificado á sí mismos.

¡Pero cuantos nobles sacrificios por otra parte!; porque se carece de lugar y tiem-

po para describirlos! Se vió allí que varios soldados, y aun oficiales, se enganchaban en los trineos para arrancar de aquella infausta orilla á sus compañeros enfermos ó heridos. Mas lejos algunos soldados permanecían inmóviles, y cuidaban de los cuerpos moribundos de sus oficiales, que se habían entregado á su asistencia; en balde les rogaban estos con encarecidas instancias que no pensasen ya más que en su propia salud, pues se negaban á ello, y esperaban la muerte ó cautiverio primero que abandonar á sus gefes.

Más arriba de aquel paso, mientras que el jóven Lauriston se arroja al río para ejecutar más prontamente las órdenes de su soberano, un frágil barquichuelo de abedul, cargado de una madre y dos hijos suyos, zozobró con la violencia de los témpanos; advirtiéndole un artillero que luchaba como los demás en el puente para hacerle paso, y olvidándose repentinamente de sí mismo, se echó al agua, se esforzó, y consiguió salvar por último

á una de las tres víctimas; era el mas joven de ámbos hijos : el desgraciado llamaba á su madre con gritos de desesperacion, y se oía que el buen artillero le decia, llevándole en sus brazos : « que no llorara, que no le habia salvado del agua para abandonarle en la orilla, que no le dejaria carecer de nada, y que le serviría de padre y familia. »

La noche del 28 al 29 vino á aumentar todas estas calamidades. Su obscuridad no libró de los cañones Rusos á sus víctimas, pues sobre aquella nieve que lo cubria todo, el curso del rio, aquella masa totalmente negra de hombres, caballos, carruages, y los clamores que de ella salian, siviéron á los artilleros enemigos para dirigir sus tiros.

El desconuelo tomó nuevo incremento hácia las nueve de la noche, luego que Victor comenzó su retirada, y que sus divisiones se presentáron abriéndose una horrible trinchera por medio de aquellos desdichados, cuyos defensoras habian sido

hasta entonces. Sin embargo habiéndose dejado una retaguardia en Studzianka, arrecida de frio la multitud, ó muy apogada á sus bagages, se negó á aprovecharse de aquella última noche para pasar á la orilla opuesta. Se incendiaron en balde los carruages, con el fin de arrancar á aquellos desdichados, porque unicamente el dia pudo traerlos á todos juntos y muy tarde, hácia la entrada del puente, que de nuevo cercaron. Eran las ocho y media de la mañana, cuando viendo ultimamente Eblé que se acercaban los Rusos, mandó ponerle fuego.

El desastre habia llegado á su último término. Una infinidad de carruages, tres cañones, muchos millares de hombres, diversas mugeres y niños, quedaron abandonados en la ribera enemiga. Los vieron andar errantes y desconsolados por cuadrillas en la márgen del rio : los unos se arrojaron á su corriente nadando, otros se aventuraron en los témpanos de hielo que acarrea, y se echaron algunos

con valor en medio de las llamas del puente, que se hundió con ellos quemados y helados juntamente; perecieron con dos suplicios contrarios. Bien presto se descubrieron amontonados los cuerpos de unos y otros, y batiendo con los témpanos contra los puntales, los demas esperaron á los Rusos. No se presentó Wittgenstein en las alturas mas que una hora despues de la partida de Eblé, y cogió el fruto de la victoria sin haberla ganado.

CAPITULO X.

Mientras que se efectuaba esta catástrofe, no formaban ya los restos del ejército grande en la otra orilla mas que una informe masa, que se desplegaba confusamente, escurriéndose hácia Zebin. Todo aquel pais es una meseta arbolada, en que corriendo inciertas las aguas entre muchos declives, forman un inmenso aguzal. Le atravesó el ejército en tres puentes consecutivos de trescientas toesas de largo, con un asombro mezclado de espanto y alegría.

Aquellos puentes magníficos, hechos de abeto resinoso, comenzaban á unas verstas del pasage. Lo habia ocupado Tchaplitz por espacio de muchos dias; una corta y diversos montones de chamarascas, de

una leña combustible y seca, ya se hallaban tendidos á la entrada de aquellos puentes, como para indicarle lo que le tocaba hacer de ellos; y por otra parte, para incendiarlos hubiera bastado el fuego de la pipa de un soldado suyo; en cuyo caso se hubieran inutilizado nuestros esfuerzos y el paso de la Beresina, y cogidos el emperador y su ejército grande entre aquellos pantanos y el rio, en una angostura, sin víveres ni albergue, y en medio de un huracan insoportable, se hubieran visto precisados á entregarse sin batalla.

En aquella desesperada situacion, en que parecia que la Francia entera debia ser cogida en Rusia, y en que todo nos era contrario y propicio á los Rusos, lo hicieron estos todo á medias. Kutusof no llegó á Kopis, sobre el Nieper, mas que el dia en que Napoleon se acercaba al Beresina; Wittgenstein se dejó contener durante todo el tiempo necesario; fué derrotado Tchitchakof, y de ochenta mil hombres, logró salvar Napoleon sesenta mil.

Se habia quedado el emperador en aquellas tristes orillas hasta el último momento, cerca de las ruinas de Brilowa, sin abrigo, y al frente de su guardia, cuya tercera parte habia desaparecido con la borrasca. Tomaba la guardia las armas de dia, y permanecia formada en orden de batalla; y de noche lo pasaba al sereno en cuadro alrededor de su gefe, en donde aquellos granaderos veteranos atizaban de continuo sus lumbres. Los veiamos sentados en sus mochilas, con los codos apoyados en sus rodillas y la cabeza en sus manos, durmiendo así, enroscados en sí mismos, para que sus miembros se calentasen unos con otros, y sentir menos el vacío de sus estómagos.

Durante aquellos tres dias y otras tantas noches, Napoleon en medio de ellos, con las miradas errantes por tres partes á un mismo tiempo, sostuvo con sus órdenes y presencia al segundo cuerpo, protegió con su artillería al nono y el pasage, y se unió á los esfuerzos de Eblé para sal-

var de aquel naufragio el mayor número posible de destrozos. Dirigió él mismo aquellas reliquias hácia Zebin, en donde le habia precedido el príncipe Eugenio.

Se notó que mandaba todavía á sus mariscales faltos ya de soldados, que tomaran posiciones en aquel camino, como si hubieran tenido egércitos bajo su mando. Se lo hizo presente con amargura uno de ellos; pero resuelto Napoleon á desechar todos los informes, Por temor de que degenerasen en quejas, le interrumpó vivamente con estas palabras: « Por qué quiere Vmd. quitarme mi tranquilidad? » Y como perseverase el mariscal, le cerró la boca el emperador repitiendo con el acento de la reconvenccion: « Pregúntole á Vmd., caballero, ¿ por qué quiere quitarme mi tranquilidad? » Dicho, que en su desgracia explica la actitud que se impuso á sí mismo, y la que exigió de los otros.

Una infinidad de muertos señaló al lado suyo los bivaques durante aquellos tres mortales días. Se reunian allí hombres de

todos los estados, de todos los grados y edades; ministros, generales y empleados del egército. Notaron mas particularmente á un señoron de aquellos tiempos muy pasados, en que reinaba soberanamente una ligera y sobresaliente gracia. Vieron que sentado este oficial general de sesenta años en el tronco de un árbol cubierto de nieve, se ocupaba con una imperturbable alegría, desde que aparecia el primer albor del dia, en las menudencias de su compostura; y que en medio de aquel huracan, se adornaba la cabeza con un rizado muy lucido y empolvado con esmero, burlándose así de cuantas desgracias y desencadenados elementos le cercaban.

Cerca de él, disertaban todavía varios oficiales de cuerpos científicos. En nuestro siglo que algunos descubrimientos animan á explicarlo todo, y en medio de las agudas penas que el viento del norte les traía, indagaban la causa de su constante direccion. En su dictámen, calen-

tando el sol desde su partida para el polo antártico el hemisferio del mediodia, vaporizaba todas las emanaciones, las elevaba y dejaba en la superficie de aquella zona un vacío en que se precipitaban los vapores de la nuestra, mas bajos á causa de ser menos rarefactos. De trecho en trecho, y en virtud de una misma causa, muy sobrecargado el polo ruso con los vapores que habia exhalado, recibido y enfriado desde la última primavera, tomaba ansiosamente aquella direccion, y se descargaba de ellos por medio de una corriente impetuosa y helada que rasaba las tierras rusas, atiesándolo y matándolo todo en su paso.

Algunos otros oficiales de estos, reparaban con una curiosa atencion en la cristalización regular y hexagonal de cada una de las partículas de nieve de que estaban cubiertos sus vestidos.

El fenómeno de las parelias ó simultáneas apariciones de muchas imágenes del sol, que varias agujas de hielo, sus-

penas en la atmósfera, reflejaron á su vista, fué todavía la materia de sus observaciones, y llegó por muchas veces á distraerlos de sus trabajos.